

La dinámica del capitalismo periférico y su transformación

RAUL PREBISCH*

LA PERIFERIA LATINOAMERICANA EN EL
SISTEMA GLOBAL. UNA ESCUETA VISION DE
CONJUNTO

La dinámica de los centros

El desarrollo periférico, excluyente y conflictivo, se desenvuelve en el contexto mundial del capitalismo bajo la hegemonía de los centros, sobre todo de su centro principal.

A los centros les ha correspondido históricamente el papel dinámico y a la periferia un papel subsidiario en el desarrollo espontáneo del capitalismo.

Papel subsidiario, pues si bien la dinámica de los centros ha sido y sigue siendo importante para la periferia, dista mucho de ser suficiente.

* Argentina. Conferencia dictada en la sesión plenaria de inauguración del Sexto Congreso Mundial de Economistas. En este documento el autor resume las ideas principales de todos los trabajos que ha publicado en la *Revista de la CEPAL*: "Crítica al capitalismo periférico" (núm. 1, primer semestre de 1976); "Estructura socioeconómica y crisis del sistema" (núm. 6, segundo semestre de 1978); "Las teorías neoclásicas del liberalismo económico" (núm. 7, abril de 1979), y "Hacia una teoría de la transformación" (versión mimeografiada E/CEPAL/R.214, febrero de 1980; aparecerá también en la *Revista de la CEPAL*, núm. 10, abril de 1980).

Se trata, en efecto, de una dinámica en donde el progreso técnico y sus frutos tienden a concentrarse en los mismos centros. Y también se concentra en ellos la industrialización y el intercambio de bienes industriales impulsado por la incansante diversificación de aquella.

El capitalismo resulta ser así esencialmente centrípeto. Los países avanzados en que se desenvuelve —los centros— no tienden a propagar plenamente hacia otros —la periferia— la dinámica de su desarrollo, sino en la medida necesaria para abastecer a los centros de productos primarios.

En el desarrollo histórico del capitalismo la periferia tiende así a quedar al margen del proceso industrializador y, más tarde, cuando se industrializa por sí misma, se sustrae a las grandes corrientes del intercambio de los centros en que se manifiesta ese proceso.

Esa peculiar dinámica de los centros tiende así a limitar el ámbito del desarrollo periférico, junto con otros factores internos.

En contraste con todo ello, los centros propagan e irradian en la periferia sus técnicas, formas de consumo y existencia, sus instituciones, ideas e ideologías. El capitalismo periférico resulta ser así esencialmente imitativo.

La dinámica de los centros ha sufrido dos grandes crisis en lo que va de este siglo, con profunda repercusión sobre la periferia. Las instituciones no se adaptan en verdad a las exigencias cambiantes de esa dinámica, al ingente desenvolvimiento de la técnica y su ambivalencia y al juego de relaciones de poder que tanto influye en la distribución de los frutos de aquélla.

Las dos grandes crisis del capitalismo

La primera crisis, desencadenada en el centro dinámico principal del capitalismo, se expresa en la gran depresión de los años treinta. El desarrollo periférico, de suyo limitado, se contrae intensamente e impone la industrialización hacia adentro. Con todas sus deficiencias, esta industrialización sustitutiva permite a la periferia crecer con un ritmo superior al de sus insuficientes exportaciones a los centros.

La segunda gran crisis es la que hoy trastorna a todo el capitalismo. En los largos años de euforia que le preceden en los centros, la periferia comienza a dar impulso a su industrialización hacia afuera, cada vez más necesaria por la tendencia al agotamiento de la política sustitutiva en el andar del tiempo. Adquieren gran impulso sus exportaciones de bienes industriales, principalmente en los países en que la industrialización había avanzado más en la fase anterior de desarrollo hacia adentro. Pero al sobrevenir esta segunda crisis compruébase que sigue prevaleciendo la tendencia centrípeta del capitalismo.

Preséntase así nuevamente el freno exterior al desarrollo de la periferia. Ni los centros favorecen resueltamente su intercambio industrial con ella, ni la periferia ha sabido explotar sus dilatadas posibilidades de intercambio recíproco, como lo hacen los centros entre sí.

El capitalismo imitativo de la periferia

Aquellos fenómenos de propagación e irradiación de los centros se han dado siempre en la periferia. Pero adquieren creciente intensidad con la industrialización. El capitalismo imitativo de la periferia se inspira así de más en más en los centros y trata de desenvolverse a su imagen y semejanza en una estructura social diferente a la de aquéllos.

Penetra cada vez más la técnica de creciente productividad de los centros. Pero sus frutos se desperdician en la exagerada imitación de las formas de consumo de aquéllos, estimulada por las técnicas masivas de difusión social. Este hecho, y la succión de ingresos por los centros, se cumplen en desmedro de la acumulación de capital indispensable para absorber grandes masas de la población con creciente productividad. Explícate así, en el desarrollo interno, el sentido excluyente del capitalismo periférico, acentuado por el crecimiento extraordinario de la población: otra de las consecuencias de la propagación de técnicas que defienden y prolongan la vida humana.

Esta imitación de las formas de consumo de los centros se manifiesta sobre todo en los estratos superiores de la estructura social que configuran la sociedad privilegiada de consumo.

El excedente y la crisis del capitalismo periférico

Sucede que estos estratos se apropian en gran parte del fruto del progreso técnico: el excedente económico. Trátase de un fenómeno inherente al capitalismo. Pero en la periferia se presenta con rasgos específicos. Pues el trasplante a ella del régimen institucional de apropiación se cumple en una estructura social heterogénea que se opone a la difusión del fruto del progreso técnico a la mayor parte de la fuerza de trabajo. Tal es la consecuencia de las leyes del mercado.

Sin embargo, las mutaciones estructurales que acompañan al desarrollo traen consigo crecientes presiones de compartimiento del excedente tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. Estas presiones, así como la apropiación del excedente, constituyen la expresión de cambiantes relaciones de poder y no están sujetas a principio regulador alguno. Y conforme se intensifican con la vigencia efectiva de las instituciones democráticas (efectiva y no simplemente formal) tienden a llevar el sistema a una crisis.

Crisis interna del capitalismo periférico que se proyecta también sobre las relaciones con los centros. Los centros juegan todas sus cartas en favor de este capitalismo imitativo, que excluye grandes masas humanas del desarrollo y se vuelve conflictivo en el curso de esas presiones de compartimiento del excedente. Capitalismo de grandes contradicciones internas, a las cuales se agregan las contradicciones externas de las relaciones centro-periferia. Son dos, principalmente, estas últimas. Primero, la contradicción entre la tendencia a internacionalizar cada vez más el consumo y la precaria internacionalización de su producción a la periferia. Y segundo, la contradicción que surge bajo el sismo histórico de la hegemonía de los centros, entre nuevas manifestaciones de dependencia, que se agregan a otras pretéritas, y el sentido cada vez mayor de autonomía que el mismo desarrollo trae consigo.

Todo ello hace más compleja y difícil la transformación del desarrollo periférico. Una transformación que haga compatible el vigor del desarrollo, la equidad social y el proceso de democratización. Y también que consagre la autenticidad del desarrollo periférico. No podrían conseguirse estos designios mientras sigan dominando teorías convencionales elaboradas en los centros, ni tampoco acogíendose a las teorías detractoras del capitalismo, por valiosos que sean ciertos elementos que ellas contienen.

Se impone esta transformación fundamental, cuyo signo político representa una gran incógnita. En vano los centros tratarán de despejarla con su prédica ideológica. En su exaltación al capitalismo imitativo carecen de una visión de largo alcance. Tampoco tiene esta visión el capitalismo periférico. No se ha sabido encontrar el camino. Se ha perdido un tiempo irrecuperable.

LA DINAMICA INTERNA DEL CAPITALISMO PERIFERICO

Las mutaciones de la estructura social

El desarrollo imitativo de la periferia se caracteriza por persistentes fenómenos de propagación e irradiación de los centros: de su técnica, sus formas de consumo y otras formas culturales, sus instituciones, sus ideas e ideologías.

Todo ello se desenvuelve tardíamente en una estructura social que presenta importantes disparidades con la estructura evolucionada de los centros. De allí surgen las grandes contradicciones internas del desarrollo periférico y también aquellas otras externas que se conjugan con la índole centrípeta del capitalismo desarrollado.

La técnica penetra gracias a la acumulación de capital, así en medios físicos como en formación humana. A medida que se desenvuelve este proceso se operan continuas mutaciones en la estructura social. Esta estructura abarca una serie de estructuras parciales vinculadas por estrechas relaciones de interdependencia: las estructuras técnicas, productivas y ocupacionales y la estructura de poder.

La técnica productiva de los centros va penetrando mediante capas sucesivas de creciente productividad y eficacia que van superponiéndose a capas técnicas precedentes de menor productividad y eficacia. Y en el fondo de esta estructura técnica hay todavía capas precapitalistas o semi-capitalistas.

El excedente estructural

Estos cambios en la estructura técnica van acompañados de cambios en la estructura de ocupación. Se desplaza continuamente fuerza de trabajo desde las capas de muy baja productividad a capas de mayor productividad. Pero la gran masa de la fuerza de trabajo no aumenta sus remuneraciones correlativamente al aumento de productividad en el juego de las fuerzas del mercado.

Esto se explica por la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que se encuentra en esas capas técnicas de baja productividad, o está desocupada. Sólo se transfiere parte de este fruto del progreso técnico a una proporción limitada de la fuerza de trabajo que, sobre todo por su poder social, ha podido adquirir las calificaciones cada vez mayores exigidas por la técnica.

La parte del fruto de la creciente productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo constituye el excedente de que se apropian principalmente los estratos superiores en donde se concentra la mayor parte del capital en bienes físicos y la propiedad de la tierra.

El excedente no tiende a desaparecer por la competencia entre empresas —aunque fuera irrestricta— y el descenso de los precios, sino que se retiene en ellas debido a la expansión monetaria que acompaña al proceso productivo, como se verá más adelante.

Las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema

Esta desigual distribución del ingreso en favor de los estratos superiores promueve en ellos la imitación de las formas de consumo de los centros. La sociedad privilegiada de consumo, que así se desenvuelve, significa un considerable desperdicio del potencial de acumulación de capital.

Este desperdicio no sólo se manifiesta en la cuantía del capital sino también en su composición. En efecto, gracias a

las técnicas que acrecientan la productividad y el ingreso se emplean, en estrecha combinación con aquéllas, técnicas que diversifican incesantemente la producción de bienes y servicios. Al ocurrir este cambio de la estructura productiva se eleva la proporción de capital consuntivo, que no acrecienta la productividad, en detrimento del capital reproductivo necesario para impulsar el desarrollo. Se acentúa este fenómeno debido a otras formas de acumulación de capital consuntivo, así en la actividad privada como en el Estado.

Este fenómeno inherente a la lógica del desarrollo de los centros acontece prematuramente en la periferia debido a la gran desigualdad distributiva.

A lo cual, en desmedro también de la acumulación, se agrega la succión de ingresos por los centros, especialmente por obra de las transnacionales, en virtud de su superioridad técnica y económica y el poder hegemónico de aquéllos.

Esta insuficiente y frustrada acumulación de capital reproductivo y el crecimiento extraordinario de la población, explican primordialmente que el sistema no pueda absorber con intensidad los estratos inferiores de la estructura social y hacer frente a otras manifestaciones de redundancia de fuerza de trabajo. Tal es la tendencia excluyente del sistema.

En la agricultura prevalecen esos estratos. Y como la demanda apenas se diversifica en los bienes agrícolas, la fuerza de trabajo tiende a desplazarse hacia otras actividades. Sin embargo, dada la insuficiencia absorbente del sistema, acontece un serio fenómeno de redundancia que explica el deterioro relativo de los ingresos de la fuerza de trabajo en la agricultura.

Mientras perdura esa insuficiencia absorbente, el progreso técnico de la agricultura no tiene la virtud de elevar esos ingresos y corregir su deterioro relativo. Antes bien, se traduce en el deterioro de la relación de precios cuando la producción sobrepasa la demanda. Tal es la tendencia que suele presentarse sobre todo en las exportaciones agrícolas y que frena su expansión en desmedro del desarrollo.

Conforme la técnica va penetrando en la estructura social, sobrevienen mutaciones que se reflejan en la estructura del poder. Se amplían los estratos intermedios y a medida que avanza el proceso de democratización, su poder se acrecienta y contrapone cada vez más al poder de los estratos superiores que concentran la mayor parte de los medios productivos. Estas relaciones de poder se manifiestan tanto en la órbita del mercado como en la del Estado.

En la órbita del mercado los estratos intermedios emplean su poder sindical para compartir el excedente y defender lo que ya habrían logrado. Y en la órbita del Estado su poder político les permite conseguir servicios sociales y aumentar su ocupación. El Estado suele convertirse así en agente de absorción espuria de fuerza de trabajo. Para todo ello capta una parte del excedente, así como para responder a la adquisición de bienes y servicios en el mercado en cumplimiento de sus funciones civiles y militares.

Esta doble presión, que se ejerce sobre el excedente, va propagando la imitación del consumo de los centros a los

estratos intermedios, aunque con mucha menos intensidad, por supuesto, que en el caso de los estratos superiores.

La distribución estructural del ingreso resulta así, fundamentalmente, de un juego cambiante de relaciones de poder, sin desconocer, desde luego, las diferencias individuales de capacidad y dinamismo.

Gracias al excedente, y al capital que permite acumular, los estratos superiores tienen en sus manos la clave dinámica del sistema. Este funciona regularmente mientras el excedente siga creciendo por sucesivos aumentos de productividad, a pesar de aquella doble presión de compartimiento.

No obedece este proceso a principio regulador alguno, de tal modo que si esa presión alcanza gran intensidad y capta sucesivos aumentos de productividad en perjuicio del crecimiento del excedente, termina por resentirse la acumulación y también el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo. Sobrevienen entonces los fenómenos conflictivos del sistema, pues las empresas reaccionan elevando los precios para restablecer la dinámica del excedente.

Este empeño se vuelve cada vez más perturbador, pues a esta reacción de las empresas sigue la contrarreacción de la fuerza de trabajo en el curso del proceso de democratización. Así comienza y se desenvuelve la espiral inflacionaria de carácter social. Las consecuencias de este enardecimiento de la pugna distributiva debilitan la capacidad del sistema para absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo y la que vegeta en los estratos inferiores.

La crisis del sistema

Tal es la índole de la crisis del sistema en el curso avanzado del desarrollo, cuando el juego de relaciones de poder cobra gran impulso. Acontece este fenómeno en el curso avanzado del desarrollo periférico. No así en países en que el proceso de democratización es incipiente o no se desenvuelve genuinamente: democracia aparente y no sustantiva.

La tendencia a esta crisis del sistema puede postergarse por un tiempo más o menos largo cuando se dispone de cuantiosos recursos provenientes de la explotación de una riqueza natural no renovable.

El poder político de los estratos superiores, que parecía ir declinando con el avance democrático, irrumpe nuevamente con los trastornos en que se manifiesta la crisis inflacionaria del sistema. Sobreviene entonces el empleo de la fuerza, que permite quebrar el poder sindical y político de los estratos desfavorecidos.

Si quienes tienen el poder militar en sus manos no se encuentran necesariamente bajo el dominio del poder económico y político de los estratos superiores, cabe preguntarse por qué intervienen para servir a la sociedad privilegiada de consumo. Hay por cierto un juego complejo de factores. Pero la explicación fundamental radica en que, al tener los estratos superiores la clave dinámica de tal sistema, esto es, la capacidad de acumular capital, se impone dejarles hacer en el afán de restablecer la regularidad del desarrollo. Pero es ingente el costo social, además del costo político.

Acontece, en efecto, la quiebra del liberalismo democrático, mientras suelen florecer las ideas del liberalismo económico, un liberalismo falseado que, lejos de traer la difusión de los frutos del desarrollo, consolida flagrantemente la inequidad social.

No se ha logrado aún en la periferia latinoamericana asentar sólidamente el liberalismo democrático. Bien conocemos sus vicisitudes, sus avances promisorios y penosos retrocesos. Pero el pasado no sabría explicarlo todo. Aparecen nuevos y complejos elementos a medida que se operan las mutaciones de la estructura social. Y el empleo de la fuerza adquiere una significación distinta de la que poseía en otros tiempos: la de traer ese divorcio absoluto entre el liberalismo democrático y el liberalismo económico, a pesar de haber surgido ambos de la misma vertiente filosófica.

La retención del excedente y la vulnerabilidad del sistema

La importancia de lo que se acaba de expresar aconseja detenerse en la explicación de cómo funciona la clave dinámica del sistema.

La exigencia dinámica de acrecentar incesantemente el excedente y la acumulación reproductiva no podría cumplirse si el aumento de la productividad hiciera bajar los precios. El capitalismo no funciona en esta forma.

El descenso de los precios sólo puede evitarse si la demanda crece, por lo menos, en la medida suficiente para absorber una oferta en la cual se manifiesta el crecimiento de la productividad.

Esto requiere que los ingresos pagados por las empresas a los factores productivos, de donde surge la demanda, sean superiores a los ingresos contenidos en el costo de la oferta de bienes finales.

De esta manera, al venderse estos bienes finales en el mercado, las empresas recuperan los ingresos que habían pagado para producirlos, así como los mayores ingresos que permitieron absorber el fruto de la productividad sin declinación de precios. Esos mayores ingresos vuelven a las empresas en forma de excedente y se incorporan a la demanda.

¿De dónde salen esos mayores ingresos? Se trata de un fenómeno dinámico. El crecimiento de la producción final (además del aumento del capital fijo del cual prescindiremos para simplificar) exige acrecentar con anticipación la producción en proceso de la cual surgirán, cierto tiempo después, los bienes finales. Y para ello las empresas pagan ingresos de donde surge la mayor demanda que absorbe la oferta final.

En verdad, los ingresos que así se pagan a los factores productivos en las sucesivas etapas del proceso, son superiores a los contenidos en la oferta final. Esta masa creciente de ingresos constituye la contrapartida del capital circulante formado por la producción en proceso. Si estos ingresos son superiores a los que se requieren para que los precios no desciendan, ¿cómo se explica que no suceda lo contrario?

La explicación es muy simple; sólo una parte de tales ingresos se traduce inmediatamente en demanda de bienes finales. Otra parte se desvía hacia la demanda de servicios tanto en el mercado como en la órbita del Estado, circula allí y retorna gradualmente en demanda de bienes.

Además de los ingresos que se pagan a los factores productivos, las empresas adquieren bienes importados, y así los países de donde provienen recuperan los ingresos que pagaron en su producción más el excedente correspondiente. Lo contrario ocurre con las exportaciones.

No hay correspondencia estricta entre la demanda de bienes y la oferta. Pero los desajustes se corrigen espontáneamente o por intervención previsor y correctiva de la autoridad monetaria.

El excedente global está sujeto a dos movimientos opuestos. Por un lado crece por incrementos sucesivos de productividad. Por otro, decrece por la doble presión de compartimiento proveniente del mercado y del Estado. Esta doble presión se manifiesta en gran parte en un aumento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, sea para mejorar su participación en el fruto de la productividad, o para resarcirse de impuestos u otras cargas fiscales que recaen directa o indirectamente sobre aquélla y con las cuales el Estado cubre el consumo social de la fuerza de trabajo, su empleo necesario o espurio y su adquisición de bienes y servicios en el mercado.

Si el aumento de costos por el alza de remuneraciones sobrepasa a la disminución de costos que la mayor productividad trae consigo, el exceso se traslada a los precios. Y si la fuerza de trabajo tiene suficiente poder para resarcirse, se desenvuelve la espiral inflacionaria.

En tales condiciones, para que la oferta, acrecentada por el mayor costo, pueda absorberse, es indispensable que la demanda y los ingresos de donde surge crezcan correlativamente.

Si la autoridad monetaria se resiste a la creación necesaria de dinero, a fin de evitar o contrarrestar la espiral, resultará insuficiente el crecimiento de la demanda para hacer frente al de la producción final. Sobreviene así el receso de la economía y este desajuste se prolongará hasta que aquélla cambie de actitud y los precios puedan subir conforme a los mayores costos. El alza de precios permite que el excedente vuelva a subir, pero sólo momentáneamente, pues un nuevo aumento de las remuneraciones lo comprime otra vez. Disminuye pues la acumulación con adversas consecuencias sobre el desarrollo, además de los trastornos que trae consigo la exacerbación de la pugna distributiva. Sucede lo mismo si las empresas emplean con este fin el excedente, a expensas de su propia demanda: las dimensiones de ésta resultarán insuficientes y ocurrirá el receso de la actividad económica.

Adviértase, sin embargo, que estos fenómenos ocurren cuando en el curso del proceso de democratización se desenvuelve cada vez más el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado y los gastos de éste se elevan de más en más por su propia dinámica.

En tales condiciones la espiral se vuelve inherente al desarrollo periférico. Y las reglas convencionales del juego monetario resultan impotentes para evitarla o suprimirla.

Estas reglas tienen gran validez cuando no existe o es muy incipiente el poder de compartimiento del excedente. Tal ocurre cuando el proceso de democratización es muy débil o se encuentra trabado o manipulado por los grupos dominantes.

Explícase así que en el curso irrestricto del proceso de democratización el desquicio económico y la desintegración social que acompañan a la espiral inflacionaria lleve al empleo de la fuerza para suprimir el poder sindical y político. Se hace posible entonces restablecer el excedente y la dinámica del sistema, con un nuevo impulso de la sociedad privilegiada de consumo.

Las reglas del juego monetario pueden entonces volverse eficaces, pero no siempre. En efecto, cuando la inflación se origina fuera del proceso como en el caso del déficit fiscal, resulta contraproducente el empeño de frenarla restringiendo la creación monetaria que exige el capital circulante. Por el contrario, el alza de precios generada por el déficit exige una mayor creación de dinero en el proceso productivo. Y si las empresas no lo obtienen, sobreviene el receso mientras los precios siguen subiendo al continuar el déficit agravado por el receso. Un fenómeno semejante no se daba en otros tiempos en que podían aplicarse las reglas del juego monetario.

La gran paradoja del excedente

De las consideraciones precedentes se desprenden conclusiones muy importantes, acaso las más importantes de nuestra interpretación del capitalismo periférico. Vamos a resumirlas ahora.

Por lo mismo que sólo una parte del fruto del progreso técnico se transfiere a la fuerza de trabajo, el excedente que se adueñan los propietarios de los medios productivos crece a un ritmo más alto que el del producto global.

Gracias a ello, los estratos superiores que concentran la mayor parte de los medios productivos pueden acrecentar la acumulación de capital y a la vez su consumo privilegiado.

El sistema funciona regularmente mientras crece en forma incesante la acumulación. Para ello, es esencial que crezca también el excedente.

Esta condición esencial se cumple mientras el compartimiento del excedente, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado, en el juego de relaciones de poder se hace a expensas de sucesivos incrementos de productividad. El excedente seguirá creciendo si bien con un ritmo en descenso. Pero el compartimiento no puede pasar el límite más allá del cual el excedente comenzaría a decrecer.

Sin embargo, en ese límite el excedente habría llegado a su más elevada proporción con relación al producto global y así también la acumulación y el consumo de los estratos

superiores. ¿Por qué no podría seguir mejorando el compartimiento cuando habría tal margen para hacerlo comprimiendo el excedente?

Aquí está el punto vulnerable del régimen de distribución y acumulación. Explicamos anteriormente que si la doble presión de compartimiento sobrepasa al incremento de productividad, el alza del costo de los bienes lleva a las empresas a elevar los precios.

Sin duda que el excedente global permitiría un compartimiento mucho mayor a expensas de su cuantía. Pero no hay nada en el sistema que permita hacerlo. Se concibe que las empresas tomen una parte del excedente y lo transfieran a la fuerza de trabajo, sin elevar los costos. Se trataría de una participación directa en el excedente. Pero el sistema no funciona así. Toda elevación de las remuneraciones, más allá del incremento de productividad, eleva los costos con las consecuencias mencionadas.

Ahora bien, no toda la presión de compartimiento se manifiesta en el alza de remuneraciones. El caso que acabamos de considerar es aquel en que el Estado, a fin de compartir el excedente, acude a impuestos y cargas que recaen sobre la fuerza de trabajo y llevan a ésta a resarcirse mediante mayores remuneraciones. Pero el Estado tiene también la posibilidad de recurrir a impuestos que gravan directamente el excedente o los ingresos de grupos sociales de los estratos superiores que no tienen capacidad para resarcirse. No se trasladan estos impuestos sobre los costos, pero si su cuantía sobrepasa el incremento de la productividad, la disminución resultante del excedente incide desfavorablemente sobre la acumulación, lo cual debilita el ritmo de crecimiento y acentúa las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema.

Por donde se mire este problema, no hay solución cuando se fortalece el poder de compartimiento en el curso irrestricto del proceso de democratización. O se cae en la espiral inflacionaria cuando el compartimiento redundando en aumento de los costos de producción, lo cual, además del trastorno que la espiral trae consigo, vulnera la dinámica del excedente, o se toma directamente recursos del excedente, también con consecuencias dinámicas adversas, que tarde o temprano tendrán que resolverse con expedientes inflacionarios.

Por más que se piense, el sistema no permite atacar las dos grandes fallas del capitalismo periférico. Ni su sentido excluyente, que sólo podría corregirse con una más intensa acumulación de capital a expensas de los estratos privilegiados, ni su sentido conflictivo que se acentúa cada vez más en el juego de relaciones de poder.

Hay en todo esto una gran paradoja. Cuando se acrecienta el excedente global hasta llegar a su máxima proporción en el producto global y se dispone así de los recursos necesarios para atacar esas fallas, el sistema reacciona tratando de mantener y seguir acrecentando el excedente. Y para suprimir el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo no hay otra forma que mediante el empleo de la fuerza. El empleo de la fuerza no es una solución. No hay otra solución que la transformación del sistema.

HACIA UNA TEORIA DE LA TRANSFORMACION

Crisis del sistema y empleo de la fuerza

Dada la índole del sistema, en el curso avanzado del desarrollo periférico y del proceso de democratización, no resulta posible conjurar la tendencia a la crisis. Pues no hay forma perdurable de evitar que la doble presión de compartimiento, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado, perjudique el papel dinámico del excedente y lleve fatalmente a la espiral inflacionaria.

El restablecimiento de la dinámica del sistema, que se procura conseguir con el empleo de la fuerza, está expuesto a serias perturbaciones en las cuales suelen combinarse ciertas inconsistencias teóricas con incongruencias prácticas, a la luz de la experiencia.

Sin embargo, si el sistema se maneja con destreza, sobre todo en condiciones exteriores favorables, podría llegarse a altas tasas de acumulación y de desarrollo con notable prosperidad de los estratos sociales favorecidos, pero a costas de una fuerte compresión de los ingresos de una parte considerable de la fuerza de trabajo.

Pero se estaría muy lejos de corregir la índole excluyente y conflictiva del sistema. Y al reanudarse tarde o temprano el proceso de democratización la presión de compartimiento del excedente tendería a llevar el sistema a un nuevo ciclo político agravado por la deformación que habría sufrido la estructura productiva para responder a la exaltación de la sociedad privilegiada de consumo.

Las dos opciones transformadoras

El régimen de acumulación y distribución del fruto del progreso técnico no obedece a ningún principio regulador desde el punto de vista del interés colectivo. Es arbitraria la apropiación en el juego de las leyes del mercado. Y resulta asimismo arbitraria la distribución cuando el poder político y sindical contrarresta las leyes del mercado.

Se impone la acción reguladora del Estado para usar socialmente el excedente.

En el fondo, sólo hay dos formas de acción reguladora: que el Estado tome la propiedad y gestión de los medios productivos, de donde surge el excedente, o que el Estado use el excedente con racionalidad colectiva sin concentrar la propiedad en sus manos, sino difundiéndola socialmente.

Dicho sea de paso, las grandes fallas del sistema no radican en la propiedad en sí misma, sino en la apropiación privada del excedente y las consecuencias nocivas de la concentración de los medios productivos.

Trátase de dos versiones fundamentalmente diferentes de socialismo por su significación política, además de económica. Pues mientras la primera es incompatible con el concepto primordial de democracia y derechos humanos inherentes, la segunda hace posible la plena compatibilidad de este concepto en la teoría y en la praxis así como con el vigor del desarrollo y la equidad distributiva.

La difusión del capital y la gestión autónoma

La transformación del sistema, según la segunda opción que acaba de mencionarse, exige ineludiblemente elevar el ritmo de acumulación del capital productivo a expensas del consumo de los estratos superiores y otros grupos favorecidos. El uso social del excedente permite hacerlo de diferentes maneras.

En las empresas que concentran los medios productivos, la mayor acumulación podría hacerse traspasando una parte importante del excedente, en forma de nuevo capital, a la fuerza de trabajo, no sólo de las empresas en cuestión, sino de todas las empresas.

En las empresas medianas, la mayor acumulación se haría por los mismos propietarios, pero a medida que se sube en la escala de capital, una proporción creciente tendría que corresponder a la fuerza de trabajo, a fin de evitar la concentración. En las empresas pequeñas, la mayor acumulación se cumpliría totalmente por quienes tienen los medios productivos.

En las grandes empresas, el cambio en la composición social del capital tiene que ir acompañado por la participación del personal en la gestión de las empresas, hasta llegar a la gestión autónoma.

Ciertos principios de esta gestión podrían seguirse también en las empresas del Estado, en condiciones especiales que las justifican.

El mercado y la planificación

En el nuevo sistema, todas las empresas, cualquiera que fuere su índole, podrán desenvolverse libremente en el mercado, de acuerdo con ciertas condiciones básicas de carácter impersonal establecidas por la acción reguladora del Estado, tanto en lo que concierne al uso social del excedente, como a otras responsabilidades de aquél.

Esta acción reguladora tiene que cumplir objetivos que el mercado no puede conseguir por sí mismo, pero que le permitirán lograr una gran eficacia económica, además de una gran eficacia social.

A ello responde la planificación democrática. Planificación significa racionalidad colectiva. Esta racionalidad exige que el excedente se destine a acumular y redistribuir, así como a los gastos e inversiones del Estado.

La acumulación y la redistribución están unidas estrechamente, pues al absorberse con creciente productividad la fuerza de trabajo de los estratos inferiores, así como la que el sistema emplea espuriamente, podría ir mejorando la redistribución. Se trata de una redistribución dinámica del ingreso, acompañada de otras formas directas de mejoramiento social en respuesta a perentorias necesidades.

Esta división del excedente exige una tarea técnica de la mayor importancia, que no podría realizarse sin un alto grado de autonomía funcional. Tarea técnica pero no tec-

nocrática, pues tiene que subordinarse a decisiones del órgano político tomadas democráticamente.

Todo ello exige transformaciones constitucionales en los mecanismos del Estado y nuevas reglas de juego que aseguren estabilidad en el uso social del excedente, y permitan a la vez la flexibilidad necesaria para responder a cambios importantes en la realidad.

Síntesis de socialismo y liberalismo y estructura del poder

La opción transformadora que trata de encontrarse en estas páginas representa una síntesis entre socialismo y liberalismo. Socialismo en cuanto el Estado regula la acumulación y la distribución. Liberalismo en cuanto consagra esencialmente la libertad económica, unida estrechamente a la libertad política en su versión filosófica primigenia.

Esta opción, como la otra opción de transformación socialista, requieren cambios muy importantes en la estructura del poder político y diferentes de los que ocurren en el curso de las mutaciones de la estructura social. En estos últimos cambios, al poder de los estratos superiores se contraponen el de los estratos intermedios y eventualmente el de los inferiores. Pero este poder de compartimiento termina por estrellarse con aquel otro en la dinámica del sistema vigente. Sin embargo, la crisis del sistema abre paso a su transformación, pues vuelve posible abatir el poder de los estratos superiores. La crisis o, si ella no llega a conjurarse, la salida de un régimen de fuerza.

Estos cambios en la estructura del poder no podrían traspasar los límites de la periferia. Las relaciones de poder entre ella y los centros, bajo la hegemonía de estos últimos, sobre todo del centro dinámico principal del capitalismo, no podrían transformarse por la sola acción periférica. El poder de los centros es considerable, y carece además de sentido de previsión. Lo están demostrando los graves trastornos de la biosfera. Acaso ello tenga la virtud —como suele suceder en las grandes crisis de la historia— de persuadir a los centros que es necesario un gran sentido de previsión en las relaciones con la periferia. Y también un gran sentido de contención del poder. Me inclino a pensar que la contención de su propio poder en el centro dinámico principal del capitalismo habría evitado el desquicio monetario internacional.

Mitos y transformación

Se ha desvanecido el mito de la expansión planetaria del capitalismo, como el mito del desarrollo de la periferia a imagen y semejanza de los centros. También se está desvaneciendo el mito de la virtud reguladora de las leyes del mercado. Nadie podrá invocarla frente a los problemas de la biosfera. Pero persiste este mito frente a los problemas de la periferia y también en sus relaciones con los centros.

Se necesitan pues grandes transformaciones. Pero hay que saber para qué y cómo se transforma. Se necesita una teoría de la transformación. Estas páginas, inspiradas por una gran necesidad de controversia y esclarecimiento, se proponen contribuir a la formulación de esa teoría. □